

© Bettmann/CORBIS

El encuentro de Nixon con Díaz Ordaz. Ejercicio de extorsión

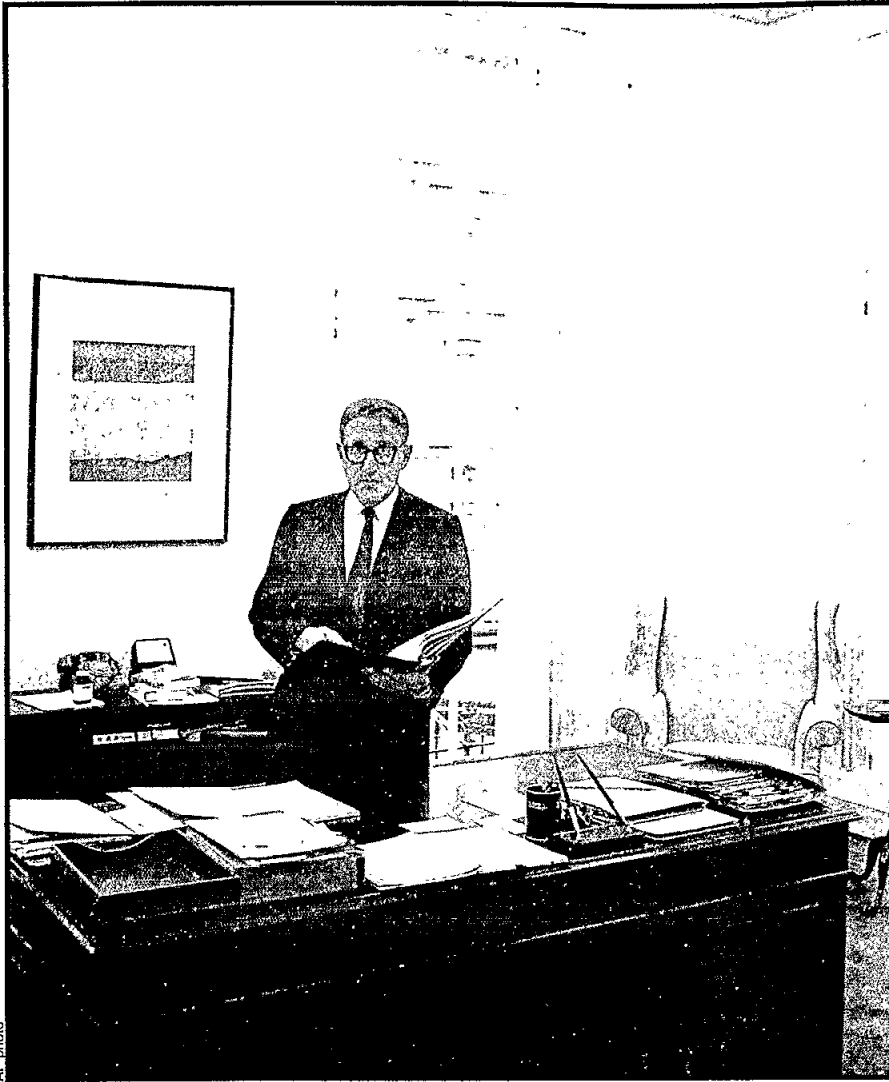
La Operación Intercepción: los peligros del unilateralismo

Kate Doyle

Finalmente, el mundo sabe ahora lo que México ha sabido durante siglo y medio: cuando se trata de intereses de seguridad, Estados Unidos puede ser peligroso, sobre todo si se trata de un vecino poderoso.

En las últimas semanas, ante el conflicto con Irak, mientras el secretario general de la ONU, Kofi Annan, advertía repetidamente a Washington acerca del peligro del unilateralismo, el gobierno de México se manejó con cautela, temeroso de las posibles repercusiones por no haber apoyado a su vecino. Y en la prensa mexicana abundaron las especulaciones sobre el castigo que recibiría México si el gobierno de Fox no votaba a favor de Estados Unidos.

Hay razones históricas que apoyan esa ansiedad. México ha sido blanco de represalias estadounidenses en el pasado, por ejemplo, ante discrepancias en asun-



AP photo

Kissinger. "Consejos"

tos como la migración y el narcotráfico. Los presidentes estadounidenses han utilizado la frontera común como una carta de negociación.

Lo sucedido en el pasado con la Operación Intercepción subraya una verdad contundente acerca de las relaciones México-Estados Unidos en el siglo XXI: El tamaño y la importancia económica del flujo de comercio entre los dos países en la actualidad hace que las acciones unilaterales de castigo de Estados Unidos hacia su vecino no se puedan mantener. Estados Unidos se considera dueño de la frontera, pero no es así: la frontera es un muro compartido. Esto representa un cambio dramático y debería ser aprovechado por México para darle un nuevo sentido a su asociación con Estados Unidos.

La guerra contra las drogas

En 1969, un nuevo presidente ocupaba la Casa Blanca —el primer republicano en

ocho años— y estaba dispuesto a demostrar que podía establecer la ley y el orden en una nación que parecía estar fuera de control. Richard M. Nixon prometió durante su campaña que emprendería una lucha implacable contra el narcotráfico. Y escogió a México como su primer campo de batalla.

Estados Unidos estaba preocupado no sólo por el aumento del consumo de drogas en su territorio, sino también entre los soldados estadounidenses que se encontraban en Vietnam. Al principio, el gobierno de Nixon estableció programas de tratamiento de los drogadictos y luego centró su atención en los países que producían, procesaban y exportaban los narcóticos.

México no fue el único objetivo, pero sí el primero. Altos funcionarios de la administración estadounidense pusieron en marcha un plan para detener el flujo de marihuana que venía desde su país vecino, pero también se prepararon para

El miércoles 9, el presidente Fox aceptó que su colega estadounidense, George W. Bush, se molestó con México por negarle su apoyo para invadir Irak. El gobierno mexicano debe recordar que los Estados Unidos pueden ser peligrosos cuando deciden hacer sentir su molestia a sus socios, vecinos o dependientes. Pero también saben que sus represalias pueden ser contraproducentes. Tal fue el caso de la Operación Intercepción, a finales de los sesenta. En nuestra sección mensual Archivos Abiertos, la investigadora Kate Doyle reconstruye aquel dramático episodio —con base en documentos desclasificados—, en el que el presidente Richard Nixon se atrevió a sellar la frontera con México en un supuesto intento por frenar el narcotráfico. En el fondo, ahora se sabe, la Casa Blanca lo que hizo fue un simple ejercicio de extorsión. Los resultados fueron desastrosos para ambos países.

atacar el comercio de heroína de Turquía, donde se cultivaba la mayor parte del opio del mundo, y Francia, donde bandas del crimen organizado mandaban la heroína a Estados Unidos. El plan llevó, eventualmente, a la destrucción de la infame *French connection*.

La "guerra contra las drogas" salió de la promesa de campaña de Nixon, hecha en septiembre de 1968, en Anaheim, California. Anaheim, en el condado de Orange, era entonces —y sigue siendo todavía hoy— una tierra fértil para la población políticamente conservadora. Allí se encontraba "la mayoría silenciosa" que votó por Nixon, su más profunda base política entre los estadounidenses blancos de clase media, temerosos de los cambios políticos y sociales que estaban perturbando a la sociedad estadounidense a finales de los sesenta. Ante una audiencia de trabajadores de cuello blanco y amas de casa suburbanas, el candidato republicano prometió que, si era elegido, "tomaría medidas contra el origen de las drogas".

Dos meses después de asumir la Presidencia, Nixon estableció un Grupo Presidencial Especial Encargado de los Narcóti-

cos, Marihuana y Drogas Peligrosas. A cargo del mismo quedaron el fiscal general de línea dura John Mitchell, y el secretario del Tesoro, David Kennedy. Este grupo basó su trabajo en la premisa de que uno de los más serios retos que enfrentaba Estados Unidos era el abuso en el consumo de drogas. Con representantes de 10 agencias federales diferentes, el grupo pasó ocho semanas evaluando el daño que producía la marihuana, el tráfico de drogas a través de la frontera mexicana y estrategias para controlar el contrabando de drogas y el cultivo de marihuana. Su informe fue entregado el 6 de junio y señalaba a México como el principal proveedor de marihuana y fuente de otra gran cantidad de drogas, incluida la heroína. De acuerdo con ese informe, los narcotraficantes organizados eran "los más altos responsables del problema del consumo de marihuana y de drogas".

La solución: lanzar "en el futuro inmediato... un ataque concertado contra la importación ilegal, y posteriormente contra la venta ilegal y el uso de marihuana, narcóticos y otras drogas peligrosas en Estados Unidos". En términos prácticos, eso

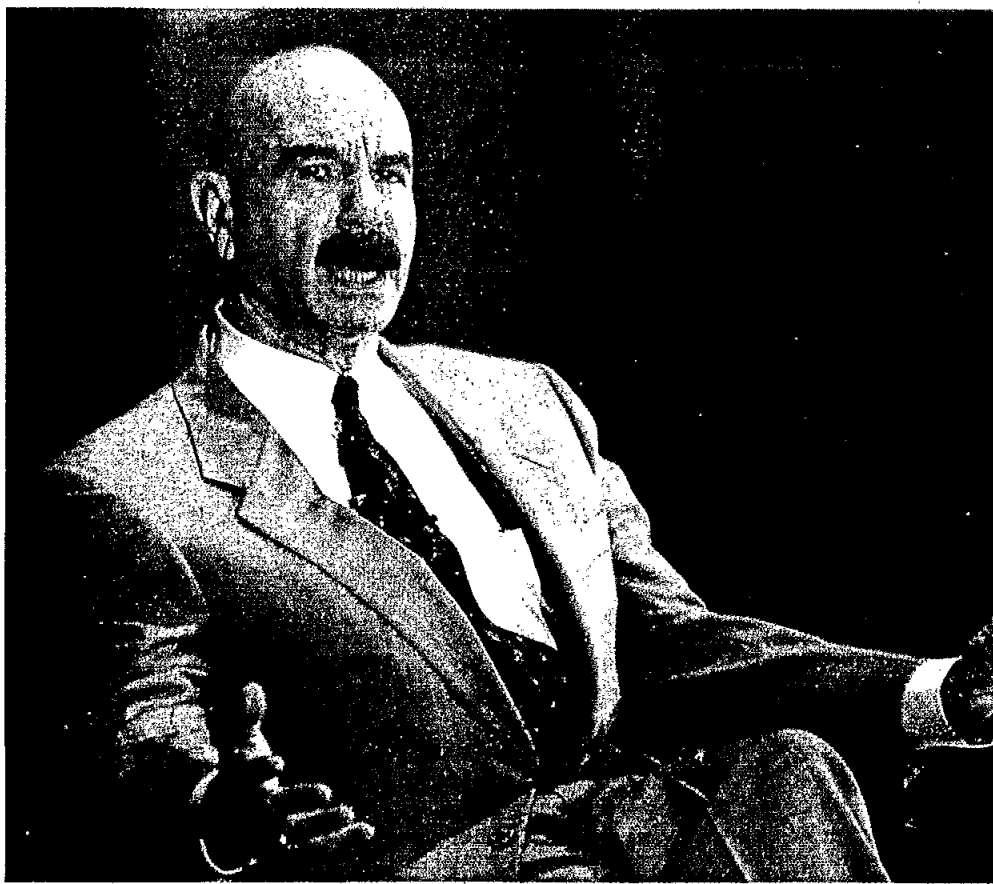
significaba un golpe a la frontera con México, con o sin la cooperación mexicana.

Como le dijo a Nixon el principal ayudante presidencial, John Ehrlichman, en un documento del 18 de junio, el grupo especial recomendaba que el gobierno mexicano "sea forzado a un programa de defoliación de las plantas de marihuana". El arma que se utilizó para lograr que México obedeciera fue poner en marcha, sin previo aviso y con agentes estadounidenses, la Operación Intercepción en toda la frontera con México.

La operación fue planeada en secreto y su objetivo era producir un retraso, sin precedentes, en el flujo de aviones, camiones, autos o peatones desde México hacia Estados Unidos. El gobierno estadounidense desplegó miles de agentes fronterizos y de inmigración desde Tijuana hasta Brownsville, Texas. Los agentes detenían y revisaban todo: Donde tradicionalmente los agentes hubieran dejado pasar 19 de 20 vehículos, ahora cada auto y cada cargamento eran sometidos a un registro total, creando un retraso de pesadilla para los millones de viajeros legales y comerciantes.

El plan fue puesto en práctica con un nivel mínimo de consulta a los funcionarios mexicanos. Como informó la reportera de la revista *Newsweek* Elaine Shannon en su libro sobre la guerra contra las drogas (*Desperados: Latin Drugs Lord, U.S. Lawmen, and the War América Can't Win*), el vicefiscal general, Richard Kleindienst, estuvo en la Ciudad México en junio de 1969 para tratar de convencer al gobierno de Gustavo Díaz Ordaz para que persiguiera a los narcotraficantes. Cuenta que "los funcionarios mexicanos se mostraron cordiales pero indiferentes". Kleindienst se mostró visiblemente asombrado cuando se dio cuenta de que las reuniones fueron, en palabras de un ayudante, "sólo un ejercicio de hospitalidad".

Otros funcionarios fueron menos tolerantes. G. Gordon Liddy —uno de los principales consejeros del Departamento del Tesoro, que más tarde fue encarcelado por el caso Watergate— también describió el esfuerzo estadounidense encaminado a estimular a los mexicanos en su autobiografía (*Will: the Autobiography of G. Gordon Liddy*): "Los mexicanos, usando un lenguaje diplomático, por supuesto, nos dijeron que nos fuéramos a la chingada. La administración de Nixon no creía que Estados Unidos de-



Liddy. Testimonio

AP photo/Charles Bennett

bía aceptar la pinche actitud de un gobierno extranjero cualquiera. Su respuesta fue la Operación Intercepción”.

Las recomendaciones de Kissinger

Mientras sus funcionarios ultimaban los detalles de la operación, Nixon se preparaba para reunirse con Díaz Ordaz en la inauguración de la presa de la Amistad, cerca de Ciudad Acuña, Coahuila. Sería el primer encuentro entre Díaz Ordaz y el nuevo presidente estadounidense, y tenía una importancia simbólica muy significativa.

El consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, subrayó esto en un breve informe secreto dirigido a Nixon unos días antes de la ceremonia: “El encuentro de la Presa Amistad es importante porque demostrará la continuación de la cercana y constructiva relación que existe entre Estados Unidos y México. Éste le dará la oportunidad de establecer su interés personal en mantener una relación especial con el presidente mexicano” (subrayado en el original).

Kissinger recomendó a Nixon:

“Usted podría decirle que:

“—Valora nuestras cordiales relaciones con México como un elemento esencial para nuestra política exterior.

“—Las excelentes relaciones entre los países descansan en el respeto mutuo de cada uno a la soberanía del otro, así como también sobre nuestros intereses mutuos.

“—Usted comparte el deseo del presidente Díaz Ordaz de mantener relaciones personales cercanas, como hizo el predecesor de usted.

“—Usted tiene la intención de consultar con él de vez en cuando los asuntos de interés mutuos.”

También le recomendó que le comentara a Díaz Ordaz sobre los narcóticos, pero estos comentarios no contenían advertencias específicas acerca de la operación, la cual estaba en su fase final de planeación: “Estamos muy preocupados por el problema del abuso de las drogas en Estados Unidos. Nosotros apreciamos la continuada cooperación de México en tratar de resolver este problema... Estamos considerando un plan para reforzar estos esfuerzos... Esperamos que nuestros funcionarios puedan seguir trabajando estrechamente juntos”.

La reacción mexicana

Sólo unos días antes del 21 de septiembre, cuando se puso en marcha la Operación

Intercepción, Estados Unidos finalmente alertó a México cuando el embajador Robert McBride se reunió, primero, con el secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, y luego, con el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, para discutir lo que estaba por suceder.

A pesar de que McBride les explicó cuidadosamente los descubrimientos del grupo especial, la importancia del problema de las drogas para el gobierno de Nixon y las líneas generales de la inminente acción, abandonó las reuniones preocupado porque los funcionarios mexicanos no habían comprendido totalmente las dificultades que podían causar las medidas de la Operación Intercepción.

México reaccionó con asombro y horror cuando la operación fue establecida. Siguió múltiples llamadas telefónicas y reuniones apresuradas, con la agitación de los mexicanos en aumento por lo que ellos consideraban una traición del entendimiento implícito entre las dos naciones para consultar y cooperar con la otra en asuntos de importancia bilateral.

Mientras los ánimos se caldeaban y el tráfico en la frontera se embotellaba, Carrillo Flores dio un paso inusual: le escribió una carta personal a Nixon, a finales de septiembre, en la que le exigía corregir los “excesos” de una acción que había sido “insignificante para detener el tráfico de marihuana y drogas, pero que le había hecho un gran daño a la economía a ambos lados de la frontera y creado fricciones y mala publicidad para Estados Unidos.

“Me doy cuenta que es muy poco ortodoxo que me dirija a usted. No lo volveré a hacer. Pero en este caso estoy totalmente convencido de que usted tiene la oportunidad de hacer algo por lo cual los mexicanos estén agradecidos. Ellos simplemente no pueden entender que dos semanas después de que usted se reunió con nuestro presidente, se haya tomado la medida más drástica, y para muchos más inamistosa, contra México.”

No todas las agencias estadounidenses apoyaron las tácticas de la Operación Intercepción. Impulsada por la atención de Nixon en el crimen, la operación fue diseñada y ejecutada por los principales funcionarios del aparato judicial, pertenecientes a los departamentos de Justicia y del Tesoro. El Departamento de Estado —encargado de las relaciones diplomáticas con México— no intervino en la operación.

También desde el principio, la embajada estadounidense en México se opuso claramente, mientras que el embajador lidiaba con las noticias en los medios y la reacción de las autoridades mexicanas. McBride advirtió de la “catastrófica consecuencia” para la relación entre los dos países y, en cierto momento, trató de convencer a los funcionarios estadounidenses de que cancelaran todo el plan.

En un memorándum escribió: *Ha habido filtraciones que llegaron a principios de septiembre sobre el propósito de Estados Unidos, que obviamente han alertado (a los traficantes de drogas) de la necesidad de ser cautelosos durante sus infames operaciones, y sin duda aquellos involucrados han tomado precauciones para capear la tormenta. Aunque comprendo la enormidad del problema, me pregunto si realmente vale la pena el riesgo de tener serias dificultades con los mexicanos, dada la condición actual de Operación Intercepción.*

Otra dependencia que disentía era el Buró del Presupuesto, predecesor de la Oficina para la Dirección y Presupuesto. El 29 de septiembre, a dos semanas de la puesta en marcha de las medidas en la frontera, envió una crítica mordaz a la Casa Blanca sobre el informe de junio que había servido como catalizador para la Operación Intercepción.

Señalaba que ese informe era “una base enormemente inadecuada para la decisión presidencial” y advertía que sus recomendaciones estaban basadas en afirmaciones erróneas y no comprobadas. Y agregaba:

—El informe exigía al presidente que se concentrara más en su política de lucha contra la marihuana que en contra de las drogas duras, como la heroína o el LSD, a pesar de que los estudios mostraban que los recursos que tenían como objetivo las drogas duras eran “alrededor de 100 veces más efectivos que los recursos utilizados contra la marihuana”.

—El informe buscaba castigar a México por el cultivo de marihuana, que representaba alrededor de 9% de lo exportado en total, y que ofrecía a los campesinos ganancias 40 veces mayores que las de cualquier cosecha legítima. “El gobierno de México debe estar reacio a comprometerse con un programa que podría provocar una protesta social de los campesinos”.

—El informe no habla de la potencial reacción política de las comunidades fronterizas estadounidenses. ►

—La política tenía un “alto riesgo de hacer parecer a la administración como inepta al ser manipulada por crimen organizado y de crear más adictos a las drogas” (subrayado en el original). Ante la carencia de marihuana, argumentaba el Buró del Presupuesto, las drogas más duras serían utilizadas como sustitutas. “Aún más grave, las drogas duras se prestan para ser manufacturadas o distribuidas por los sindicatos del crimen organizado. Probablemente, la mafia apoyará la desviación de los recursos federales a la marihuana y no a las drogas duras”.

El verdadero objetivo

A pesar de una campaña de relaciones públicas, diseñada por los ayudantes de Nixon para promover la operación, la prensa en ambos lados de la frontera la ridiculizó. Las estadísticas sobre la cantidad de drogas y narcotraficantes capturados estuvieron muy lejos de lo esperado.

Sin embargo, como apuntó Liddy en su autobiografía, la meta de la Operación Intercepción no era, de hecho, congelar el flujo de drogas: “Por razones diplomáticas, la verdad sobre el propósito del ejercicio nunca se reveló. La Operación Intercepción, con su masiva ruptura social y económica, podía ser mantenida mucho más por Estados Unidos que por México. Éste fue un ejercicio de extorsión internacional, pura, simple y efectivamente diseñada para doblegar a México según nuestra voluntad”.

Las objeciones mexicanas eventualmente tuvieron el efecto deseado. A mediados de octubre, la operación fue cancelada y reemplazada por un nuevo acuerdo antidrogas entre México y Estados Unidos, llamado Operación Cooperación, en la cual ambos países colaboraron en el diseño de una estrategia compartida para reducir la producción de narcóticos dentro de México y sus movimientos a través de la frontera.

La Operación Intercepción sirvió a Estados Unidos en varios sentidos. Se cumplió una promesa de campaña hecha por un nuevo presidente republicano para demostrar que podía ser duro ante el desorden, y para Nixon representó ganar puntos dentro de Estados Unidos en su primer año de gestión. Además, la operación fue el disparo de lo que se convirtió rápidamente en una guerra global contra las drogas, que fue mantenida por los go-

biernos posteriores. Y, finalmente, fue el medio utilizado por Washington para aplicar el chantaje político y económico para presionar a México para que se ocupara de un asunto que sólo interesaba a Estados Unidos.

Al final, la crisis empujó a México a comprometer más recursos para la erradicación de las drogas y endurecer sus leyes, lo que resultó en la Operación Cóndor en los años setenta, que incluyó una campaña de defoliación en la que se usó el herbicida tóxico *Paraquat*.

La Operación Intercepción también tuvo una serie de consecuencias no intencionales que anuló “la lección” que Estados Unidos deseaba darle a México.

Combinado con los efectos de la guerra global contra las drogas durante la administración Nixon, las campañas de México contra quienes cultivaban marihuana, y el final del comercio con el opio en Turquía, tuvieron como resultado el surgimiento de un mercado nuevo y hambriento para la heroína en Estados Unidos, en el cual el incipiente crimen organizado mexicano se mostró muy contento de satisfacer. La introducción de la cocaína colombiana a mediados de los años setenta ayudó a transformar a los traficantes mexicanos en una poderosa mafia que podía pagar tecnología sofisticada para proteger sus intereses y las enormes ganancias provenientes del narcotráfico estuvieron a punto de destruir el sistema judicial mexicano con altos niveles de corrupción.

La nueva realidad

¿Podría aplicarse actualmente una nueva Operación Intercepción? En principio, sí. En nombre del terrorismo, el nuevo Departamento de Seguridad Interior de Estados Unidos tiene la autoridad y la capacidad para cerrar la frontera. Y, claramente, la inclinación de Washington por las acciones unilaterales es más fuerte que nunca.

Pero las relaciones de Estados Unidos y México han cambiado dramáticamente desde 1969, y el concepto de “interdependencia” tiene ahora un significado totalmente nuevo. En aquel tiempo, muy pocos mexicanos vivían y trabajaban en Estados Unidos. Y la economía de la frontera era un goteo comparada con los miles de millones de dólares que se mueven en la frontera común en la actualidad.

Estados Unidos podría cerrar la frontera unas pocas horas, incluso varios días, pero el daño que se infligiría a sí mismo sería demoledor. México sabe que debe actuar como un verdadero socio de Estados Unidos en estos tiempos de guerra y de alta seguridad, y ya lo ha hecho al enviar a 18 mil militares a los cruces fronterizos, aeropuertos, puentes, puertos e instalaciones petroleras y de electricidad.

Quizá la primera lección de la Operación Intercepción es que el pragmatismo, no el personalismo, es lo que debe guiar las relaciones bilaterales. Sea que los dos presidentes se estrechen las manos en la presa de la Amistad o compren botas en Guanajuato, el mito de la “relación especial” entre México y Estados Unidos ha sido cuidadosamente alimentado durante muchas décadas y es necesario terminar con él. Las relaciones públicas no son nunca un buen sustituto de la construcción (reconocidamente difícil) de políticas mutuamente aceptables, y las políticas no son favores que se dan a un viejo amigo, sino instrumentos para servir a los intereses nacionales.

Segundo, el unilateralismo tiene un alto costo. En 1969, resultó caro en el corto plazo, dañando las relaciones con México y las economías locales a ambos lados de la frontera, y peor resultó en el largo plazo: ¿no hemos tenido suficiente con los resultados de la “guerra contra las drogas”?

Finalmente, Nixon lanzó la Operación Intercepción porque podía hacerlo. Hoy, cualquier intento de Estados Unidos de penalizar o castigar a México, que dañe realmente a la economía mexicana, tendría como resultado automático el daño colateral a la economía estadounidense. Visto bajo esa luz, los temores expresados por la prensa mexicana respecto al voto de Fox en Naciones Unidas son anacrónicos y ajenos a la realidad de la interdependencia de México-Estados Unidos en la actualidad.

La lección real de intercepción es que ninguna nación, incluida Estados Unidos, puede cerrar las puertas al valioso comercio y a los viajes legales. Lo que Henry Kissinger escribió en 1969 —que las relaciones entre Estados Unidos y México deberían basarse en “intereses mutuos”— puede que no fuera cierto entonces, pero hoy está más cerca de ser una verdad. (Investigación: Isaac Campos Costero. Traducción: Midia-la Rosales Rosa) ●